

13
N CARLOS BLANCO



*La Actualidad
Política*



Imprenta de "El Siglo"

8-13




La Actualidad Política

52.352



81.397





LA SITUACIÓN

SOMETERSE O DIMITIR

Nos encontrábamos dias pasados en casa de un amigo, fuerte hacendado de Tacuarembó, y para distraer su ánimo abatido por reciente duelo, le preguntamos cómo estaban por allá, por los campos del Rio Negro, donde tiene sus valiosos establecimientos.

—Se van quedando sin orientales, nos dijo.

Esta respuesta, dada tranquila, lentamente, con ese acento de resignacion y de estoicismo, peculiar de nuestros compatriotas de la campaña, cualquiera que sea su grado de cultura, nos produjo una impresion dolorosa.

De pronto, surgió á nuestros ojos el espectáculo de aquellos campos del Rio Negro,

sacrificio impuesto, ese Banco, llamado á levantar el crédito, á vigorizar la confianza en el comercio, á favorecer las industrias, es arrebatado en su torbellino por la revolucion estallada y por la revolucion latente y amenazante todavía.

¿Qué se hace, en qué se confia para conjurar tan excepcional situacion?

Dos propósitos surgen únicamente de la voluntad del gobernante. Negociar, en una forma mas ó menos análogas á la famosa aquella que lleva el nombre de Cutbil Son and de Lungo, la construccion del Puerto de Montevideo, violando y ocultando las prescripciones legales, como se oculta la insignia en los actos de pirateria, y tratar de instalar una Cámara que dé por sucesor del actual Presidente lo que quiera el destino despiadado lo que pueda surgir de moviles y de impulso extraños al honor, al patriotismo, á cuanto levanta y ennoblece á los pueblos, dignificando á los partidos políticos.

Esos son los remedios que nos deparan para los males del presente.

¿No hay en las alturas quien le diga al señor Idiarte Borda que es insensato intentar empresas de magnitud que reposan en la paz y en el crédito incommovible, sobre la base del estado actual del pais, como es doblemente insensato pugnar por la estabilidad y el progreso político, teniendo en perspectiva una Cámara que es la negacion del voto de

blancos y colorados y de ciudadanos de todos los partidos?

¿No hay quien le aconseje que debe salir de su atonia y darse cuentas de las desdichas acumuladas sobre este infeliz pueblo, que semeja tan pronto una nacionalidad que se disuelve, como una disgregacion social que no puede llegar à un estado moderno de cultura, soberano y libre?

La revolucion del partido blanco ha hecho apenas un alto en su camino. — Dia à dia, se aguarda que estalle de nuevo y avance por nuestras fronteras, pero ¡oh mistificacion palaciega!, se ha dado à entender al Sr. Idiar-te Borda que es una guerra civil lo que quieren los revolucionarios para obtener restauraciones y triunfos absolutos, cuando el partido blanco vá à la lucha empujado, desesperado, por no poder vivir en el pais, cuando ese partido no desea ni ambiciona sino ser *minoría* ante el partido colorado y tener los derechos que à las minorías se acuerdan en los pueblos mediamente regidos por instituciones democráticas.

Otra mistificacion hay que ha penetrado en el cerebro de tan extraño gobernante. Cree sin titubear que el periodismo es tribuna de injurias y que sino se le reprime y contiene, es por una teoría de derecho que profesan los señores fiscales, absolutoria de los delitos de prensa.

Que ha de ser eso! Los fiscales no acusan por motivos absolutamente contrarios, por miramientos y consideraciones al mismo presidente. porque saben que si acusan, no sería el proceso de un periodista el que instaurasen, sino el de una situación, cuya condenación sería irremediable y cuyo veredicto lo pronunciaría el país entero.

En tal estado de cosa que oprime, que agobia, que lleva la zozobra y la angustia á todas partes, es de suprema necesidad pacificar, tranquilizar los espíritus, dar garantías á todos los ciudadanos, elevar la política gubernativa á la altura que señala el patriotismo, con medidas salvadoras, radicales, empezando por la amnistia, franca y leal, de los revolucionarios, y siguiendo por la convocación á elecciones que nunca pudieron verificarse el 29 de Noviembre por el estado de convulsión y de alarma en que se encontraba el país, y si esto no se hace, es necesario bajar del mando, dimitir de una vez esa autocracia que al señor Idiarte Borda puede parecerle en su delirio, terrible misión divina, pero que todos contemplan como algo de grotesco y vergonzoso que aspira á sublimarse por la sangre.

Someterse ó dimitir,—este es el dilema que la situación plantea al actual gobernante.

Latorre, el dictador, ahorcando al asesino de Averías, encuentra atenuación en los ins-

tintos impulsivos de la conciencia humana, sublevada ante un horrendo crimen, pero don Juan Idiarte Borda, llevando á inmolar las sagradas presecas de la soberanía, las garantías cívicas, en una mesa de comicios, como se arroja una pieza anatómica en una mesa de anfiteatro, no tiene ni atenuaciones ni ante aquellos seres tristemente deformes, cuya sensibilidad moral se hubiera paralizado para siempre.

Nadie puede dar ascenso a esa monstruosidad, salida de las urnas instaladas el 29 de Noviembre cuando las levas custodiaban los hogares en la capital y cuando el país todo estaba militarizado.

Si á ello quisiera dársele nombre de Cámara de Representantes de la nación y asentarla como tal en el recinto legislativo, la faz de los ciudadanos se cubriría de mortal pavor y la estatua de don Joaquín Suárez, al hondo lamento de la patria, descendería de su pedestal de granito para conjurar la profanación y decirnos que el gran repúblico no hizo elecciones en nueve años, aun en aquellos departamentos donde extendía transitoriamente su dominio, *porque la guerra existía en el país y los orientales se hallaban separados y divididos.*

¿Que espera para proceder el señor Idiarte Borda, para imprimir rumbos salvadores al país? ¿Espera que los jefes de cuerpo le digan que están en sus puestos por una

orden del Estado Mayor y no por respecto á su autoridad y á su persona?

Consulte el Presidente á los militares mas encumbrados, á esos mas prestigiosos por su gerarquía, por su valor, por sus servicios, por la tradicion de gloria que llevan en sus nombres, y ninguno le dirá que su política es sana y que con ella está el partido colorado.

La mas favorable respuestas que podrá recibir es el silencio.

Con Garzon el bravo de Junin, con Tajés, con Flores, con César Díaz, entre nosotros, como con Mitre en la Argentina, se hacian militares abnegados, se *hacian* militares ciudadanos, porque el ejemplo subyugaba y el heroismo era uno, del guerero y del patriota.

De algunos tiempos acá, el ejemplo y el medio han faltado, pero se ha operado una sustitucion. A los grandes hechos ha venido á reemplazar un concepto juridico que ya está en las filas de nuestro ejército. Todos los oficiales jóvenes han aprendido como ley fundamental de su mision, que el militar está obligado á sostener la Constitucion y las leyes y que ese es su primer deber. La espada y los galones están de mas en un país regido por nuestras instituciones, cuando la Constitucion y las leyes se pisotean y conculcan.

Parece que allá, donde se siente el vértigo de las autocracias grotescas, no se ha leido todavia el art. 1º del Código Penal Militar

que nuestros jóvenes oficiales conocen desde los bancos de la escuela.

¿Espera el señor Idiarte Borda que el examen de un cadete de la Academia se lo recuerde?

Y á su vez ¿qué espera el doctor Miguel Herrera, hombre de inteligencia, hombre de corazon en muchas ocasiones, espera, acaso, reservarse la parodia—él, que descende del gran Ministro de la defensa—la parodia de una escena perpetúamente recordada en la historia, para decir el día menos pensado al señor Idiarte Borda: *Sire! esa es la revolucion que pasa... la revolucion colorada!*

De otro ministro, del señor Federico Vidie-lla, que ha recibido inmaculada herencia de honradez, no sabemos en verdad si aguarda para despertar el clamor de las clases del presupuesto al ver que los certificados de Tesoreria, su obra mas amada, caen en rápido descenso en las manos de usureros y agiotistas para negociar con la indigencia, como se negocia el enganche con los prisioneros y con los voluntarios de las levass.

Mientras tanto, la Deuda Pública, que llega á 449 millones de pesos, la renta de Aduana, que baja en mas de medio millon en el transcurso de tres meses, no parece intimidarlo en el cuadro sombrío de esta situacion sin precedente.

¿No hay remedio que venga de los hombres del poder, no hay esperanza de que vean y palpen la realidad, esa realidad espantosa que se traduce por la emigracion en masa, por las amenazas constantes de la revolucion y de la lucha civil?

Pues entonces es necesario reunir fuerzas y llamar á todos á la vida pública para constituir una masa formidable de opinion que obligue al gobernante, por su inmenso poder moral, á cambiar de politica, á hacer práctica las reivindicaciones cívicas porque claman los ciudadanos y todas las clases trabajadoras del país.

La prensa ha golpeado incesantemente en el escudo del partido colorado y en presencia de su mutismo, no ha podido menos que decir, como cuando se golpea con martillo de plata en las sienes del pontífice fallecido — ha muerto!

Pero nó, nosotros creemos poder exclamar, como el poeta evocador de un pueblo esclavo: *ha resucitado, ha resucitado!*

La chispa ha partido del Club Rivera. — Son los jóvenes que toman la delantera, como la aurora anuncia el día.

Corresponde ahora que el partido colorado, por sus hombres dirigentes, por sus personalidades espetables, por sus militares de honor y de altivez, tome la posición que le indican los sucesos, y haga comprender con sus decisiones, con sus energías, francas y

viriles, á don Juan Idiarte Borda, que lleva la República á la ruina y que debe someterse á las exigenciass patrióticas de ese partido ó dimitir un mando que acaba ya con el sufrimiento público,

Permanezcan en la inacion los colorados, rehuyan la tarea que les señalan la hora presente y ya verán mas que desierta la ciudad de sus recuerdos, la ciudad de la Defensa, abandonados mas que nunca sus ideales, roto y desvanecido el encanto, perdida la fé en la virtualidad de las tradiciones que creyeron siempre vividas y fecundas.

En cuanto á nosotros dispuestos estamos á colaborar en la obra cívica á que se apresta el partido colorado. Si esa es la fuerza que surge, á ella nos plegaremos, sin que pidamos reincorporaciones, que resultan pobre cosa, cuando en el momento que transcurre hay una reicorporacion mas grande á que son llamados los ciudadanos,—la que obliga á volver por las instituciones, á salir de esta situacion que hunde el país y le arrebatata las últimas esperanzas.

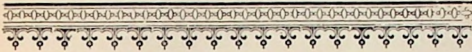
Levante la insignia el partido colorado que todos los seguiremos.

Quizas el tiempo y el infortunio nos hayan quitado los estímulos á cuyo impulso brota facil la palabra y surge luminosa la idea, como en esos hermosos años de la juventud que inspiran y forman una aureola, pero podemos ofrecer todavia entusiasmos que comu-

nicar á las generaciones nuevas y entereza para acompañarlas en todas las situaciones por extremas que sean.

Al partido colorado, la acción cívica que reclama el país entero por honor de sus nobles tradiciones del pasado, por la vuelta de las instituciones proscritas, por deber para con la República que parece abandonada, ella, que como la Cornelia Augusta, según lo dijo Juan Cárlos Gomez, *se enorgullecía en otros tiempos con las virtudes de sus hijos*.






El Partido Colorado

SOMETERSE Ó DIMITIR

Hablemos algo, en prosa clara y sencilla, del Partido Colorado, rehusando el coturno que se nos ofrece y que no se aviene con nuestra palabra franca y leal.

Han proscrito al Partido Colorado, lo han tratado como adversario, han hecho mofa y escarnio de sus personalidades mas salientes en la politica, en las letras y en las armas, y ahí lo tienen ahora de pié, resuelto á hacer sentir su poder que ha levantado en otro tiempo el peso de formidables situaciones, despues de haber tenido á raya á sangrientas tiranias.

El partido que se ha medido con los hombres de presa del Rio de la Plata no se puede detener ante figuras de retablo.



Se desafía de lo alto á la lucha, y criminalmente, se provoca al Partido Blanco con la plena seguridad de vencerlo, ensangrentando al país.

¿Es juicioso esperar la guerra civil y halagarse con su triunfo, como única solución de las cuestiones del presente y como base de las que encierra el porvenir?

Un *solo día*, ha dicho Macaulay, en que cesara la vida comercial é industrial de Inglaterra, causaria la pérdida de millares de existencias en la complicacion y enlazamiento de las sociedades modernas.

¿No saben calcular los estadistas de la Casa de Gobierno?

Pues acudan á un empleado de Contaduría, á un empleado de cualquier casa bancaria de Montevideo, y tendrán el dato de que seis meses de guerra civil, entre nosotros, costaria al erario dos ó tres millones de pesos y tendria el país que trabajar diez años para reparar la pérdida que económicamente habria soportado en ese brevísimo tiempo.

Los veinte días de la revolucion de Saraiva han costado sumas que exceden de 700,000 pesos en una sola cuenta.

Ahi tienen la cifra inicial para el cálculo.

En seis meses de lucha civil, nuestras rentas habrían bajado á la mitad y sería absolutamente imposible cubrir un presupuesto de 15 ó 16 millones de pesos.

¿Qué se pagaba entonces, primero? La deuda para prevenir la bancarrota internacional ó el ejército para que don Juan Idiarte Borda no dejara de ser presidente?

Estos problemas parece que pasan ignorados á los ojos y al corazón de los hombres de la Casa de Gobierno, de esos que esperan jactanciosos la revolución del Partido Blanco.

Nosotros conocemos la falacia, el espejismo singular que los mantiene tranquilos y aleja por intervalos de su espíritu la tremenda realidad de las cosas.

Juzgan a la República por las clases acomodadas, por aquellos que viven del capital sin darse cuenta que en una ciudad de doscientos mil habitantes, como Montevideo, siempre hay una esfera social que escapa á los efectos inmediatos de las crisis, á los males que afectan á la sociedad entera, y así, en Francia, cuando los prusianos sitiaban á París, como cuando la Comuna fusilaba en las calles de la excelsa capital, se cantaba en algunos teatros la Marsellesa, se daban fiestas, se estrenaban dramas, y allá en el silencio del laboratorio ó de la cátedra, Taine, Renan, Pasteur, Berthelot, trabajaban y estudiaban, mientras las balas pasaban por las cúpulas de la Sorbona, del Panteón y las torres de Notre Dame.

En pequeño—*minima pars*—y sin sitios y sin guerras estalladas, se produce algo parecido entre nosotros de algunos años á acá,

y hoy mismo, amenazados por una revolucion inminente y en zozobra por el desgobierno que reina en las alturas, afluye numerosa concurrencia á las playas balnearias, á paseos aristocráticos, á reuniones suntuosas, mientras de otro lado la actividad intelectual no cesa, y sabios, como Sanarelli, descubren el microbio patógeno de la fiebre amarilla, honrando nuestro Instituto Higiénico, y en la prensa, escritores originales hacen frases artísticas y lanzan agudos dardos templados en los poemas de la caballeria, en los versos de Ariosto.

Es que la vida moderna en las ciudades populosas, con sus progresos, con sus descubrimientos, con la riqueza acumulada, ha formado zonas donde trabaja silenciosamente el sabio y el artista y donde pueden exhibirse las clases privilegiadas por la fortuna.

Pero, si los hombres del Gobierno desvían sus ojos de esa manifestacion social que es la que se presenta separada del torbellino y de los conflictos humanos, el espejismo se desvanece, la tela de gobelinos aparece del lado opuesto, *que es por donde se teje*, y se encuentran entonces con el reverso del cuadro, con la campaña que se despuebla, dia á dia, con la falta de tranquilidad, de brazos, con que la produccion se paraliza y seca las fuentes del consumo, con que las industrias y el comercio no pueden valorizar ni transportar

riquezas, porque apenas si tienen con que pagar los impuestos.

Esta es la verdadera y tremenda realidad de las cosas, lo que lleva el país á la desesperacion y forma ese clamor inmenso para que el gobierno cámbie de politica, y si es impotente para hacerlo, deje el gobernante un puesto que ya no puede honrar ni desempeñar.

El país y los partidos no han levantado su voz, súbita, impacientemente.

Al contrario, han esperado, han confiado con paciencia, con longanimidad, la obra de los gobernantes. Se han librado, primero, á la politica de los progresos materiales, por tentos y fantásticos, despues, á la que prometía grandes ideales, y ahora, por último, á una que pudiéramos calificar de *chaná* por lo torpe y primitiva hasta en el lenguaje, sino creyéramos ofender la memoria de Barco Centenera y de Pedro Pablo Bermudez que cantaran á las rudas virtudes de la tribu de ese nombre, y ninguna, absolutamente ninguna, ha tranquilizado, ni ha conducido á derroteros salvadores.

No nos detendremos en el análisis y en el enlazamiento de los sucesos—es historia hecha—pero sí señalaremos su desenlace en los momentos actuales.

Se ha arribado al divorcio del Partido Colorado con el Gobierno y á la revolucion del Partido Blanco.

Esa es la solución final que los gobernantes ofrecen al pueblo en pago de su sufrimiento y de su expectativa de diez años.

Lo han empobrecido, lo han esquilmado, han desdeñado á todos los ciudadanos de valer del Partido Colorado y después le señalan como premio, á uno, ser de nuevo teatro de guerra civil, y á otros, un puesto en el combate con el Partido Blanco.

¿No es esto insensato, no parece esto producto de insanías incurables que se quieren contagiar al país, aunque todo se hunda y solo sobresalga la presidencia de don Juan Idiarte Borda?

Pero nos olvidábamos. Hay otro propósito salvador, además de la construcción del puerto de Montevideo y de la lucha fratricida, y ese propósito consiste en esperar un año más, en aplazarlo todo hasta Marzo de 1898.—Entre tanto, *fluctuat nec mergitur*, aunque la revolución estalle de nuevo y el partido de la Defensa siga en la prescripción.

Es tarde ya para esperar, convénzanse los hombres del Gobierno.

El Partido Colorado estrecha sus filas y se apresta en estos momentos á intervenir en la política, á influir en la dirección del país y no se concibe qué fuerzas podrán salirle al paso.

El país, por su parte, no desea convulsiones ni trastornos, sino que el Partido Colorado, por sus cabezas dirigentes, por sus brazos más

fuertes, imprima caracter, imprima direccion noble y levantada, al Gobierno. No busca el pais ensayos ni aventuras: tan solo pide gobiernos de patriotas, de orientales, de hombre honorables, y los busca y los encuentra en el mismo Partido Colorado, alli donde aparecen en primer término ciudadanos y militares intachables que la opinion pública señala.

¿Quién detiene á esta hora los patrióticos anhelos del pais y el empuje del Partido Colorado?

Cuando los pueblos llegan á situaciones extremas que pasan el límite del sufrimiento y de la obediencia, entonces esas situaciones se resuelven en movimiento de fuerza que entronizan funestas dictaduras, ó en movimientos de opinion que determinan poderosas reacciones dentro de un mismo partido político.

De lo primero, hemos tenido nosotros, por desgracia, doloroso ejemplo, en tiempos no muy lejanos, de lo segundo, nos lo ofrecen Chile y la Argentina, aquel, en una forma radical, alzándose contra Balmaceda, el presidente transfigurado por la muerte, y ésta, en procedimientos graduales que tuvieron su consecucion en las renunciaciones de Juarez Celman y de Saenz Peña.

Si en el estado excepcional á que ha descendido la República por la ceguedad de sus gobernantes, llegase un momento en que un ciu-

dadano, respetable por sus años, respetable por su consecuencia, inalterable y permanente al Partido Colorado, como don Tomás Gomensoro, le dijese al primer hombre que encontrase, sígame! ese hombre lo seguiría y tras de él arrastraría a todo el partido de la Defensa.

¿Quién lo detendría entonces? ¿Los batallones?

Pero, si en las filas de nuestro ejército hay orientales, hay jefes y oficiales que pertenecen á ese partido, cómo se vá á hacer fuego contra él, cómo se empeñará batalla contra el pueblo?

Si á este imposible se llegase y la lucha se trabara entre hombres del mismo partido, ligados por sacrificios y por convicciones comunes, la mano convulsa de un historiador nacional tomaria un buril y á grandes rasgos, sobre una piedra, escribiría esta inscripcion: *Aquí fué un partido Sus afiliados, de division en division, llegaron á su propia ruina y concluyeron por destruirse los unos á los otros, como en una isla de malhechores. La bandera pasó á otro partido.*

Todavía, sin embargo, hay una objecion.

Surge ella de la permanencia de la situacion misma, no obstante las causas que la combaten por todas partes.

Un escritor notable de nuestra prensa ha entrevisto la explicacion. Es que el progreso en general ha perfeccionado los organismos

del estado y así como la municipalidad, los telégrafos, los correos, funcionan ya sin una voluntad constante que imprima dirección á cada momento, las fuerzas subordinadas á la política responden en cierto modo al mismo automatismo y llenan sus funciones de orden, de conservacion, de disciplina y obediencia.

Todo esto es verdad, pero á la condicion de que causas perturbadoras no conspiren contra el funcionamiento automático, porque entonces salta el mecanismo, como salta á una traccion un muelle de relojeria, como es ineficaz el golpe eléctrico que trae el agua para apagar un incendio, si las voluntades que deben concurrir pacientemente á ese fin se sublevan contra él.

Pues bien, el señor Idiarte Borda nada hace para evitar que el incendio se propague y se aumente en la campaña.

Cuando el país entero le pide medidas que pacifiquen y tranquilicen, que lleven las garantías á todos los hogares, que den intervencion en su gobierno á hombres caracterizados del Partido Colorado, él manda con toda impasibilidad á los Departamentos, para que sean jefes políticos, á Bernardino Dominguez, en Rivera, á Atilio Pigurina, en Treinta y Tres y á su hermano D. Pedro Borda, en el de Canelones, en ese Departamento que insurreccionó y gobernó en los tiempos heroicos D. Joaquin Suarez.

La prensa toda del país, ayer mismo, pinta el cuatro desgarrador que produce la amenaza de la guerra civil y el presidente permanece en igual impasibilidad.

Cuando se le dice que ya no hay campos baldíos, como en el pasado, que no hay ganados que pertenezcan á todos y que las mujeres de nuestra campaña, en el estado casi industrial á que ésta ha llegado, ya no pueden ganar por sí mismas el sustento, sino que necesitan el auxilio de sus hijos y de sus esposos, el presidente responde que vá á hacer el Puerto de Montevideo.

Y cuando todos claman porque se conjure la revolucion del Partido Blanco y se le dá á elejir al Presidente entre una participacion en la cosa pública, acordada á ese partido, y la lucha civil que arroja á los orientales á la expatriacion, ó los obliga á morir entre hermanos, el Presidente responde á las madres del Uruguay que vá á dejar por sucesor á don José Modesto Irisarri para que lo salve todo.

Patria, honor, libertades! hay quien dice desde lo alto que todo esto son palabras, nada mas que palabras. Jamás el acento trágico de Shakespeare llevó el desconsuelo á simas mas profundas.

El Partido Colorado y el país entero piden un cambio de política en nombre de los intereses mas sagrados, en nombre de la República empobrecida y humillada, y estas

invocaciones se estrellan ante el desenfado y el escepticismo mas vulgar.

La presidencia es una funcion de paz, de amor, de seguridad y confianza para todos los ciudadanos. Los teólogos dicen que el poder no se crea, sino que se recibe y que en lo temporal es un sacerdocio.

¿Se concibe, acaso, que el Ministro de una religion, llamado á dar las últimas esperanzas, dijese que no hay nada en este mundo y nada, tampoco, mas allá de los cielos infinitos?

Pues imaginaos un joven, á quien, en sus sueños de idealismo, apareciese la figura del gobernante de un pueblo para revelarles el secreto del mando y de la virtud republicana.

—La banda y el baston que llevais, le preguntaría, son los símbolos de la autoridad y del gobierno?—Sí.—Y qué hay escrito debajo de la banda? pureza, honor?—No; vivir y gozar.—Y despues?—Vivir y gozar tambien.—Entonces, el primer magistrado de un país puede negociar con la cosa pública, puede tocar los dineros de la nacion?—Sí.—Pero Flores. Batlle, Berro, Gomensoro y otros que les han sucedido no lo hicieron—Bah! y esos quienes son!—Pero entonces, quien sois vos?—El gobernante de un pueblo democrático en el año de gracia de 1897.

Despues de haber escuchado estas respuestas, imagináos, repetimos, el espanto que lleva-

rian al joven enamorado del ideal, si ellas respondiesen, como responden, á la realidad viviente.

Todas sus teorías de verdad, de justicia, de pureza democrática, caerían por tierra y tal vez llegara á creer que Joseph de Maistre tenía razon, cuando llamaba aborto del averno á Rousseau y se burlaba de Washington y decia que la peor de las monarquías era preferible á la mejor de las Repúblicas. El ideal habría que ir á buscarlo en otra parte.

Entre nosotros, sin embargo, el país no le pide tanto al señor Idiarte Borda, como podría pedirle un joven idealista y soñador.

Reclama tan solo lo que los hombres de madurez y de experiencia necesitan para remediar en algo los males que se acumulan sobre la República, dia por dia, hora por hora; reclaman que cambie de política, que llame á su consejo á las personalidades sanas y reconocidas del Partido Colorado y si en su obcecacion no escucha el clamor público, que deje el mando á su reemplazante en el orden constitucional, al Presidente del Senado.

Haga una cosa ú otra el señor Idiarte Borda y todavía podrá llevar una gran consolacion á su espíritu, todavía podrá acompañarlo la gratitud nacional.

Prefiera esto, que es hermoso y digno, á la execracion pública que hunde á los gobernantes y les cierra para siempre las puertas de la patria.

Nosotros hemos dicho y lo repetimos aún, como débil éco del país entero: someterse ó dimitir.


En vez de escuchársenos en las alturas, no por nosotros, que nada valemos ni significamos, sino por el Partido Colorado y por el país en masa que plantea ese dilema al gobernante, se ha tratado de dilucidar el origen de una frase histórica.

Innecesaria tarea!

Nosotros no nombramos á Gambetta, *en esa ocasion*, porque él está en la inmortalidad, al lado de Thiers, al lado de Mirabeau, y nosotros estamos á toda la distancia que separa las vidas vulgares de las vidas ilustres, pero ya que se investiga la frase, desdeñando una situacion, diremos que á Gambetta mismo se le discutió su origen, llenándosele despues de oprobios, y entonces, aquel orador incomparable dijo estas palabras que fulminaron á sus impugnadores: *Vous n'aviez pas pris le pouvoir pour gouverner. Vous n'étiez pas de gouvernants; vous avez commencé comme des jouisseurs et vous avez fini comme des traîtres!*

Ahí quedan estampadas. Nosotros no las traducimos por respeto al génio que las pronunció y por un sentimiento de dolor que, en medio de todo, embarga nuestro espíritu y detiene nuestra pluma.





Carta del Dr. Blanco

Señor don José Batlle y Ordoñez:

Estimado amigo:

Reciba mis felicitaciones por el éxito de la reunion del domingo que se debe en una gran parte á usted y á ese Club Rivera que tomó la iniciativa y en cuyo seno hay jóvenes, llenos de entusiasmo, modelados en el carácter de Prudencio Vazquez Vega.

No nos equivocábamos, mi amigo, cuando horas antes y en presencia de la nota de la Jefatura Política, sostuvimos que debía irse á la reunion para llenar virilmente sus objetos, como así sucedió, realizándose uno de esos actos hermosos que hace largo tiempo no había presenciado el país.

Si los que hacian pronósticos pesimistas se hubieran encontrado en ella, habrían tenido la de-

mostracion mas evidente de que vive y palpita el Partido Colorado y de que los grandes hechos del pasado mueven todavía los corazones y son capaces de inflamar á la juventud.

Estaban allí, mi amigo, muchos de los hombres de armas del Partido Colorado que, olvidados, sin valimiento y sin ambiciones de ningún género, querian demostrar su adhesion entusiasta á la iniciativa del Club Rivera y su solidaridad con el sentimiento general del país que desea se termine de una vez esta situacion de oprobio mantenida por don Juan Idiarte Borda; — estaba allí la nueva generacion que aspira á salir á la vida pública bajo la bandera de la patria y con los ideales que hicieron una epopeya de la Defensa de Montevideo; — estaban allí, por último, para presencia esa resurreccion de fuerzas, hombres de todos los partidos que se identificaban con nuestros propósitos y hacían votos por su triunfo.

La tarea está ahora en gran parte llenada. Lo que falta es — y eso se hará de inmediato — que la Comision Directiva aclamada en la reunion de Cibils asuma la direccion del partido y diga al país en este solemnes momentos que la situacion actual no puede prolongarse, ni aun por breve dias, sin deshonor para la República. — Así lo quiere el partido colorado y así lo siente el país entero.

La reunion del domingo no habría podido ser disuelta por ningún comisario de Montevideo.

Creer lo contrario, es hacer ofensa á ciudadanos que pertenecen al Partido Colorado.

Le era vedado, pues, al presidente, conducirlos á esa extremidad, porque ningún poder público lleva jamás la deshonra á las autoridades subalternas, encargadas, especial y determinadamente, de garantizar los derechos civiles y políticos de los ciudadanos, y si el presidente no podía hacer eso, ménos podía hacerlo por su influencia personal, el partidario, porque á don Juan Idiarte Borda nadie le concede en el país títulos saneados ante el partido colorado.

En cuanto á mí, puedo testimoniar que hombres de gran valía hoy, no habían pasado de la adolescencia, cuando ya iban con decision á defender al partido colorado en las horas del peligro.

¿Dónde estaba entónces don Juan Idiarte Borda?

Si la situación á que ha conducido al país le quita los prestigios de la autoridad del gobernante, no puede invocar en cambio los del correligionario abnegado é indiscutible, porque el partido colorado se los desconoce y se los niega.

Mañana, cuando la nueva reunion tenga lugar ¿á quien va á acudir don Juan Idiarte Borda para disolverla?

¿A los batallones? se equivoca si de ese modo lo créé.

En los batallones—ya lo he dicho y lo repito—hay jefes y oficiales que pertenecen al partido colorado y no pueden intervenir en la obra

de hundirlo y de alzarse contra las instituciones.

Conozco á muchos de esos oficiales, los he tratado de cerca. y ellos me han oído decirles, en todas las ocasiones, que deben ser militares de órden, de disciplina, de amor á la bandera y de respeto á las autoridades gerárquicas, pero que al mismo tiempo deben ser ciudadanos.

El coronel Francisco Borges, en la República Argentina, teria una brigada á sus órdenes, y antes de valerse de ella contrariando sus convicciones, la entregó al Gobierno junto con su espada y fué á morir como un soldado en las filas de sus correligionarios.

Así procede un militar ciudadano.

Pretender que hoy se proceda de otro modo, entre nosotros, es desconocer los progresos que se han operado de algunos años á esta parte en el ejèrcito, es ignorar que van volviendo los tiempos en que bajo la blusa de un oficial latía el corazón de un ciudadano.

Si en ese propósito insano de combatir al partido Colorado no puede don Juan Idiarte Borda comprometer á la policía y al ejèrcito ¿á quien comprometerá? ¿A nuestros generales? Menos todavia.

Don Luis Eduardo Perez estará con nosotros y con el país, porque su nombre evoca el del Vice-Presidente que firmó la Declaratoria del año 25 y el del Presidente del Senado en la primera Asamblea Constitucional.

El amor á las instituciones le viene, pues, por derecho de aquellos que las fundaron.

Otro Teniente General, don Máximo Tajés, no puede tampoco ir contra las libertades públicas, él que dijo á todos los orientales, que fueran á trabajar en paz bajo la garantía de las leyes y lo cumplió lealmente en un gran período de su gobierno.

¿Se acudiría, acaso, á los demás generales de nuestro ejército y entre ellos á Salvador Tajés?

Pero si Salvador Tajés es hijo de aquel que se quitó la vida antes de que un adversario lo tocara, para sellar así sus convicciones y la entereza de su alma, ¿cómo ha de prestarse á la humillación y al vilipendio del Partido Colorado?

No, no hay barrera que pueda oponer don Juan Idiarte Borda al paso avasallador de ese partido y del país entero.

En la reunion próxima tendremos millares de ciudadanos que nos acompañarán y entonces caerá por completo la venda que oculta la realidad á los ojos de don Juan Idiarte Borda, de ese presidente que el país no puede ya soportar.

Preferible es que se anticipe y cese cuanto antes en su gobierno para evitarse el espectáculo de un pueblo que se alza en masa pidiendo la caída de un gobernante.

¿No quiere evitarlo con su dimision el Presidente?

Pues entonces ese espectáculo, hermoso en un sentido, afligente en otro, por la condenación que envuelve, se producirá irremisiblemente.

te. Lo quiere el partido colorado y con él lo quiere el país entero.

Ahora en cuanto á los ciudadanos que van á tomar la direccion política de los sucesos, todos están dispuestos;—lo sabe usted perfectamente —á llevar la obra adelante con firmeza, con fé, con propósitos claros y definidos que pueden condenarse en breves palabras.

El partido colorado se propone afianzarse y robustecerse en el poder por medio de aquellos hombres que siempre han estado en sus filas los más aptos, los más abnegados, los más dignos por sus sacrificios y lo desea así para que vengan gobiernos que respondan á las exigencias de la opinion, que honren á la República y la enaltezcan, restableciendo la paz, vigorizando las instituciones y dando garantías plenas y absolutas á todos los orientales para que puedan vivir en su país y ser en él ciudadanos.

A esa obra propendemos mi amigo, y todo el concurso que yo pueda prestar á la realizacion está de antemano comprometido por mi parte, sin reservas mentales ni de ningun otro género que perturben la integridad de mi espíritu y la fuerza de mi voluntad.

El país le ha puesto un dilema al Presidente.
¿No quiere él resolverlo?

Pues lo resolverá el partido colorado por sus fueros propios y por la representacion que en estos solemnes momentos el país le confiere.

A hombres como Vd. no necesito alentarlos ni inspirarles estímulos patrióticos, pero sí necesi-

to decirle para que lo trasmita al Club Rivera, que en la Comision Directiva del Partido Colorado seré un colaborador decidido de la obra que tan virilmente se inicia en pro de la República y de las instituciones.

Soy su afectísimo amigo y S. S.

Juan Cárlos Blanco.

S/c. Enero 26/97.

